

Vamos a suponer que hubiéramos averiguado que una compañía trasnacional con los dos más grandes cacahos del país iba a construir una fábrica, pongamos, de vidrios planos. Vamos a suponer que esa fábrica estuviera en gran parte financiada por el gobierno venezolano. Y vamos a suponer que las condiciones del contrato incluyeran cláusulas como el acabar con la competencia nacional y del pacto andino, el pago desmesurado de patentes, ganancias desorbitadas y contratos ventajosos con empresas del Estado. Supongamos también que hubiéramos averiguado que un alto funcionario del gobierno, por ejemplo un ministro, estuviera demasiado empeñado en que se aprobara este negocio, tan abiertamente contradictorio con la filosofía política de nuestro Estado y más en concreto del partido de gobierno y del propio presidente. Y supongamos por fin que nosotros denunciáramos públicamente este hecho.

¿Qué pasaría? Posiblemente, nada. Quizás, una discusión sobre cuestiones de forma que cómo se averiguó, que por qué cauces legales pudiera procesarse el asunto. Con toda seguridad, el ministro en cuestión no sólo no iría a la cárcel sino que su posición política saldría favorecida. Y no sería nada raro que se tomaran medidas contra el órgano que lo publicara.

Conclusión. Si hubiéramos averiguado algo sobre la constitución de una empresa semejante, ni por osomo se nos ocurriría publicarlo. Aunque tal vez nos animara a hacerlo aquella famosa frase del Presidente que dijo algo así como que la campaña del gobierno contra la corrupción carecería de credibilidad hasta que un ministro o un gobernador fueran a la cárcel. Pero mejor esperaríamos, porque como aún no hemos visto ningún pez gordo encarcelado por esa causa...

Por eso, como pareciera que la política del gobierno fuera amparar a los grandes molinos de Venezuela y arruinar a los panaderos, es decir proteger a los grandes y reprimir a los pequeños, como pareciera que ese es el estado de la cuestión, nosotros creemos que no conviene seguir hablando sobre la corrupción. Porque eso sólo conduce a que nosotros, los pequeños, nos vayamos recargando más y más de la frustrante sensación de que no hay salida. Y como queremos seguir viviendo. Y no sólo eso, sino que también queremos seguir viviendo con un poco de independencia y de dignidad. Y como se da el caso de que para eso se requiere una mínima dosis de esperanza, por eso hemos decidido no saber demasiado. O no pensar demasiado en lo que sabemos porque lo vemos. Y sobre todo hemos decidido no quedarnos la vida hablando de lo alto que es la pared y lo duro que es el muro y lo ancho que es el foso. Porque si no, se nos van a ir las ganas de luchar. Y no queremos.

Y entonces ¿qué hacer? Hacer, es la única respuesta. Pero la cosa no es tan fácil. Ahí va otro ejemplo, éste de los periódicos. En la universidad de Carabobo fabrican un taxímetro. Parece que es un sistema bastante sencillo y que resulta económico. Conclusión: no interesa. La razón es obvia: se gana menos. Como no interesa un metro que solucione por abajo el problema del transporte. Como no interesan unas medicinas que curen y no requieran otras medicinas ni unos fertilizantes que acaben de una vez con las plagas ni un sistema eficiente de correos que haga innecesarias a las agencias particulares ni una verdadera política de sustitución de importaciones... La razón es obvia: se ganaría menos. Conclusión: no interesan los taxímetros ni la solución del transporte popular ni la salud de los venezolanos ni el robustecimiento de la agricultura ni el abaratamiento de las comunicaciones ni la industrialización del país ni nada de nada.

Darán que esta conclusión es exagerada. Que sí interesa todo eso, naturalmente siempre que vaya acompañado de la congrua recompensa económica, es decir de la máxima ganancia. Pero como resulta que en nuestro país la maximalización de la ganancia se basa en el agotamiento de los recursos naturales, en la concentración del capital, y en el deterioro de la calidad de vida, resulta que la producción de la verdadera y sana riqueza nacional no tiene viabilidad social.

Y entonces ¿qué hacer? Como ni la burguesía parásita va a sacrificar ni una locha por el país ni el Estado venezolano va a cambiar su sistema de premios y castigos desalentador de cualquier esfuerzo nacionalista, no vemos otro camino que renunciar a los premios del sistema y procurar encajar como campeón sufrido los castigos que vendrán. Ya el año 48 hablaba Uslar Pietri de la Venezuela fingida: "Todo lo que no pueda continuar existiendo sin el petróleo está en la Venezuela fingida. En la que pudiéramos llamar la Venezuela condenada a muerte petrolera. Todo lo que pueda seguir viviendo, y acaso con más vigor, cuando el petróleo desaparezca, está en la Venezuela real".

Queremos decir que en estos días de contaminación moral asistimos también a un silencio soñoliento. Personas que se pasan a esta Venezuela real, grupos que nacen para construirla. Gente que no siente la tentación del club exclusivo o del viaje de placer, personas insobornables, no por escrúpulos de conciencia, sino porque les interesa más su trabajo que la mordida. Conciudadanos

EL PESIMISMO NACIONAL

nuestros a quienes se les fueron las ganas de figurar en planchas y cargos y congresos de opereta y que sienten el apremio de construir algo más que una fachada. Hay entre nosotros gente harta del bonche y de la fanfarria y que no quiere caminar "hacia la gran Venezuela" porque ha escuchado el apremio limpio que escuchó Lazo Martí. Hay entre nosotros quienes están dispuestos a retomar el mítico bongo de Santos Luzardo y remontar nuestra geografía y nuestra historia. En estos hombres se cifra nuestra esperanza. Porque como Rómulo Betancourt alió entre los años 41 y 45 recorriera nuestra tierra palmo a palmo para convocar a nuestro pueblo a asumir sus derechos políticos, y de allí nació, con todo y chucuta, nuestra democracia, así necesitamos hoy un nuevo tiempo de siembra

Creemos que hoy los hombres y grupos que dediquen sus principales energías a tomar el poder o a consolidarse en él andan metidos en un tremedal y son responsables de atascar y engullir en él al país. Tenemos que crear en la Venezuela de hoy un espacio vacío en el que pueda caber la preocupación del futuro y su siembra y no la mera proyección del presente, la extensión hasta donde dé de la orgía petrolera. El V Plan de la Nación dice en su introducción que "los patrones de utilización de los recursos públicos y privados han sido determinados fundamentalmente por las actividades extractivas". Creemos que todo lo demás es consecuencia necesaria, determinismo también, de esta claudicación radical. El problema de cómo gastar tantísima plata supera no sólo al gobierno y a la oligarquía nacional sino que sería capaz de echar por tierra a la transnacional más potente. No hay salida por este camino. Y creemos que el Estado venezolano no tiene poder ni capacidad para rectificar, para conseguir que el volumen de las actividades extractivas esté determinado por la capacidad racional de utilizar esos recursos. Por eso no vemos otra solución que dejar a los muertos que entierren a sus muertos y proclamar un tiempo de siembra. Puede sonar a pesimista. Creemos que no lo es y que se basa en una radical esperanza. A la que invitamos también al partido de gobierno, si no quiere quemarse, arder rutilante y fugaz como un pozo petrolero.

Picón-Salas nos recuerda que allá por el año 20 le solía repetir Adriani que "en todo caso, había que esperar; estudiar, informarse, hacerse más fuerte y más libre, hasta que el tiempo estuviera maduro". Creemos que esa debe ser hoy consigna nacional. Aunque no creemos que ese retiro deba implicar un alejamiento de la realidad. Por el contrario debe ser el alejamiento de la Venezuela fingida para sumergirse en la arrinconada Venezuela real. Ir al pueblo. Pero esta vez no para organizar un partido. Sino para organizar al propio pueblo, para ayudarlo a que él cree sus propias organizaciones de base, que se articule para producir, para expresarse, para crear sus símbolos, para conseguir sus reivindicaciones, para satisfacer sus verdaderas necesidades. En esta labor naceremos los venezolanos y se salvarán los partidos. No, sustituyendo al pueblo y llamándolo a respaldar lo que no ha creado ni comprende.

Apuntaba certeramente Mario Briceño Iragorri que "como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo" No hemos convocado al pueblo para un trabajo proporcionado, continuo y acumulativo. Pérez Alfonso en El Tacal es la llamada de alerta al país para que nos dediquemos a los microprocesos que hemos abandonado por los grandes números. Porque sin laboriosos y necesariamente limitados procesos de transformación de nuestros hombres, nuestras tierras y nuestras instituciones los macroprocesos necesariamente, a pesar de cualquier intención, se convierten en procesos importadores. Es la Venezuela fingida, inflacionaria y devaluada. De la que dijo Aquiles Naza. "¿Qué ganamos con eso? /Que ajenos al auténtico progreso, / por hacernos del falso tan devotos, / del atraso seguimos siendo esclavos/ como en tiempos remotos, / y si no se nos nota el taparrabos / es porque nos lo tapan los corotos".

Decía Augusto Mijares allá por el año 60: "La justicia social ha de venir en estos países por medio de adquisiciones concretas, aunque parciales, antes que por ambiciosas y radicales 'definiciones', que muy a menudo fracasan por falta de la organización básica que debe acompañarlas. Y en aquel sentido, nos parece que lo realizado a partir de 1936 debe ser motivo de fundadas esperanzas". Nosotros compartimos esas esperanzas. Y por eso pedimos abandonar esta Venezuela fingida. Muchos que hoy dicen defender lo realizado a partir del 36 —incluso algunos que en otros días contribuyeron a realizarlo— cierran en verdad el paso a quienes buscan hoy esas realizaciones concretas. Apelan a solemnes definiciones que sólo son pantalla de depredación, facilismo e impotencia. A esos honorables agentes de la corrupción nacional no basta ya oponerles la denuncia. Son bestias sordas y acorazadas. Es necesario pasar a la creación necesariamente limitada y combatida de pequeños pero dinámicos y limpios gérmenes de futuro. Hoy, más que en el año 45 cuando lo escribí, tiene actualidad esta consigna de Picón-Salas: "Sin embargo, contra todos y contra la misma prosperidad, hay que seguir en nuestro duro oficio de ser venezolanos".